

# EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

*Dr. Bartolomé Gómez-Plana*

CORRESPONDENCIA: P. CASTELAR, 4.

## SUMARIO

*Los niños portento*, D. M. Guigou.—*La timidez infantil*, P. Chavigny.—*Los niños modernos*, Placon.—*Diversos métodos de educación doméstica*, F. Nicolay.—*Varia*.—*Periódico gaditano antiguo*.

## SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes . . . . . 075 ptas.  
Fuera : Trimestre . . . . . 3

PAGO MENSUAL.

Año VIII. CÁDIZ: MAYO y JUNIO 1928 N.ºs 86 y 87



**EL NIÑO**  
**REVISTA MÉDICO-SOCIAL**  
DIRECTOR  
DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ-PLANA  
PUBLICACIÓN MENSUAL

Año VIII

Cádiz: Mayo y Junio de 1928

N.ºs 86 y 87



Niño de 4 meses criado a pecho

**A partir del próximo número de Julio, queda hecho cargo de la Dirección de "EL NIÑO", el Doctor D. José Gómez-Plana y Conte, cesando el actual, por exceso de ocupaciones que le impiden dedicar a esta publicación el tiempo debido, sin que por ello deje de prestar la colaboración que permitan sus nuevas atenciones.**

**Con ello esta modesta Revista, alcanzará mas desarrollo, interés y utilidad técnico social.**

---

## **LOS NIÑOS PORTENTO**

---

¿Abundan o escasean?: difícil es responder a esta pregunta.

Desde el instante en que viene al mundo, la tierna criatura es objeto del zarandeo de sus familiares, y víctima inconsciente de la baraunda que a su alrededor se forma. Todos quieren ser los primeros en arrullar su sonrosado cuerpecito; todos se esfuerzan en provocarle una sonrisa.

El problema capital que enseguida se presenta es el del parecido. ¿A quién se parece el niño? salvo ligeras variaciones, el recién nacido constituye una entidad especial dentro del género humano. Examinándole atentamente veremos que su cara está formada por dos agujeritos (la nariz), una hendidura pequeña (la boca), unos párpados gorditos que se entreabren difícilmente para dejar al descubierto sus inexpresivos ojos grises, y un esbozo de mentón. Luego, un cráneo más o menos deforme y, entre éste y la cara, dos orejitas de terciopelo rosa.

Pero los padres y, sobre todo los abuelos, guiados por la fiebre del entusiasmo, dicen enseguida que la nariz es del padre, los ojos de la madre, la boca de la abuela (sin fijarse en las arrugas de ésta) y así sucesivamente. Satisfecha esta imperiosa necesidad, todos respiran contentos..., pero bien pronto se les plantea un segundo problema: ¿cómo acallar al «rorro»? Este saluda a la luz (generalmente eléctrica, cuando no es la de una vela) con un gritar desenfrenado que, en buena lógica, no sabemos si achacar al afán de aire o a la sobra de ruido y jolgorio; pues aunque el recién nacido carezca de percepción sensorial definida, es lo suficientemente zarandeado para que sus aún torpes sentidos no logren independizarse en absoluto del mundo exterior; y el niño grita protestan-

do de las innumerables telas que lo envuelven y aprietan, y con su ensayo de llanto parece implorar obscuridad y silencio. Pero como en el transcurso de la vida muchos aprenden (quizá por autosugestión) que la inteligencia y la emotividad son funciones del estómago, sacan la deducción lógica de que el niño llora porque tiene hambre de alimento (como si no existiese hambre de tranquilidad) y destruyen la virginidad de su boquita con la antiestética y anti-higiénica «chupa». Pasa un lapso de tiempo, llega el niño a los dos años de su vida, y ve con tristeza que sus progenitores y toda la vecindad están pendientes de sus labios y de sus manos, exigiéndoles a éstas una suave caricia y a aquellos que digan algo que les haga reír, pues hasta entonces solo han sabido decir «papá y mamá» y esto lo dicen hasta las muñecas de los bazares. Y, de la misma manera que se les enseña a los pájaros y a los loros, el niño es sometido a un forzado aprendizaje; y, cuando ya articula inconscientemente algunas palabras, es llevado y traído ante las gentes extrañas para que éstas patenticen el prodigio de su precoz inteligencia.

El niño a esa edad es un misterio; trata de defenderse de su involuntaria popularidad, y así vemos que recibe a algunas personas con muestras de agrado y rehuye la presencia de otras. Y si fastidiosos para todo niño son los primeros años de su vida, ni que decir hay que ser hijo único es la mayor de las desgracias, pues se le cría y educa con tantos mimos y cuidados, que llega a convertirse en una marchita flor de estufa.

Cuando ya el infante está reputado como un portento, su cerebro se ve sobreexcitado por el medio en que vive; y dá lástima ver a esos niños que, en lugar de recrearse con los juegos propios de su edad, sólo encuentran placer en la conversación con sus mayores. Al llegar a los cinco o seis años, la vivacidad de sus ojos y de su cerebro están en absoluta discordancia con la palidez de su semblante y la flacidez de sus músculos. De estos niños prodigios jamás ha salido luego un sabio, sino todo lo contrario, por la sencilla razón de que no se puede acelerar la vida sin detrimento y desgaste del organismo.

Hay que dejar a los niños correr y saltar: mientras se ejercitan los músculos, el cerebro se desarrolla armónicamente.

D. M. GUIGOU.

Tenerife, 14 - VI - 928.

---

# LA TIMIDEZ INFANTIL

¿Habrá que decir, con Mosso, que el miedo es una enfermedad de la que hay que curar al hombre? ¿O tendremos que admitir, por el contrario, de acuerdo con el profesor Grasset, que el miedo es natural en el individuo y le preserva de ciertos peligros a los cuales está interesado en sustraerse?

Si los tímidos son realmente enfermos, casi todos los niños lo son, pues hay muy pocos que no sean accesibles al miedo.

Si nos atenemos a la opinión más general de las personas mayores, resultaría que el miedo es un sentimiento indigno de un adulto, y hasta relativamente raro. Pero algunas anécdotas, recogidas de fuente fidedigna, permiten afirmar que el miedo es acaso menos excepcional de lo que se pretende.

En su estilo, algo rudo, el mariscal Ney decía: «Me gustaría saber quién es el diantre que nunca ha tenido miedo».

A esta ocurrencia replica el profesor Grasset: «Ese diantre existe, pero es un enfermo. Es un sujeto incapaz de emocionarse o de discernir el peligro».

Bain refiere que un famoso general, al leer sobre una tumba esta inscripción: «¡Aquí yace un hombre que nunca conoció el miedo!», exclamó al punto: «¡Cáspita! ¡Ese valiente no debe de haber apagado nunca una vela con los dedos!»

Y un oficial de Napoleón I ha escrito: «Nadie podría imaginar en este siglo de batallas, cuántos héroes se lo hacían en los calzones».

Quizá convenga conceder algún crédito a opiniones tan autorizadas. Por lo menos, debe evitarse que los niños adquieran el hábito de la timidez, defecto penoso siempre para ellos y molesto para quienes les rodean.

El adulto, sobre todo, está expuesto a conservar esta emotividad especial que se infiltra en él durante los años jóvenes, y que le hará parecer ridículo y desgraciado si cae en una de esas innumerables fobias tan bien descritas en la obra de Pitre y Regis. El ridículo puede llevar hasta la tragedia; durante la guerra, el miedo ha hecho a algunos comparecer ante el Consejo marcial.

Anodinos, en cambio, son el balbuceo, la timidez del adulto; pero también constituyen verdaderos azotes para el actor, el orador, etc. Gratia ha escrito recientemente un libro bien documentado sobre estas cuestiones.

\* \* \*

Limitaremos aquí nuestro objetivo al estudio del miedo en el niño, preguntándonos si se puede prevenir su aparición y hasta ponerle remedio.

Desde hace algunos años, la higiene mental ha adelantado enormemente. Esta ciencia, tan fértil en resultados, nos ha sacado de la época de pasividad durante la cual bastaba con exponer los ligeros trastornos de la mentalidad sin curarse de combatirlos.

Los datos de la higiene mental deben regular hoy día nuestra conducta frente al miedo, y nos enseñan que puede hacerse mucho en este sentido.

Vale más prevenir que curar. Más, mucho más que en medicina orgánica, tiene aplicación en medicina legal este proverbio.

\* \* \*

Todos hemos conocido niños tímidos, y muchos de los que lean este artículo recordarán que ellos también lo han sido.

Ahora bien: ¿por qué hay niños tímidos?

Ante todo, hay que culpar seguramente a la herencia, a la constitución misma del niño. En seguida, es necesario apartar una objeción que se ofrece instantáneamente al espíritu; muchas personas observarán que todos los niños de una misma familia no son tímidos de igual modo.

Pero es que la herencia no se traduce de una manera uniforme, ni mucho menos, en los hermanos y hermanas, aunque se trate de gemelos. Esto es bien sabido, y de ello tenemos numerosos ejemplos todos los días. Por consiguiente, la objeción carece de valor.

Por herencia les viene a los niños su temperamento emocional. Todos ellos son emotivos. Dupré ha aislado y descrito perfectamente este temperamento emocional, lo que constituye una de las adquisiciones más serias de la Psiquiatría en estos últimos años.

La constitución emotiva puede provenir de herencia verdadera, pero puede también ser consecuencia de un accidente del embarazo, infección o emoción.

Esta noción de la herencia reviste una importancia considerable en los casos de que aquí nos ocupamos. Si, en efecto, los mismos padres son de temperamento emocional, o presentan alguna tara desde el punto de vista mental, la educación que den a sus hijos, sobre todo por el ejemplo, podrá ser desfavorable, cuando no perniciosa.

Es muy fácil que unos padres nerviosos no se conozcan a sí mismos, ni sean capaces de juzgar con imparcialidad de su estado nervioso. Por consiguiente, no harán el esfuerzo necesario para que sus hijos se mantengan en el equilibrio mental indispensable para su normal desarrollo.

La emotividad, en general, es un estado de desequilibrio; lejos de cultivarla, de favorecer su desarrollo, los padres precavidos deberían temerla siempre.

La emotividad prepara a veces grandes artistas, pero, en general, no forma sino mezquinos hombres de acción, y en muchas ocasiones produce verdaderas nulidades sociales.

\*  
\* \* \*

Desde el punto de vista mental, la finalidad a que debe tender toda educación bien meditada es un estado de perfecto equilibrio mental; nunca debería perderse esto de vista.

En realidad, los niños no inventan el error; lo más frecuente es que les sea inculcado. La mayoría de las malas costumbres que acusan se deben a una educación imperfecta, imprevista más bien.

Puede decirse que, si hay muchos niños tímidos, es porque sus padres y los que les rodean les han hecho serlo.

Al espíritu se ofrece una comparación de mucho efecto, que es la de las imágenes falsas y las verdaderas en ortografía. Apenas si habrá en nuestra época quien ignore que el método antiguo, tan deplorable, del dictado difícil era causa de que muchos individuos no pudieran llegar jamás a escribir con la debida ortografía.

Obligado a escribir una palabra cuya fisonomía ortográfica le era desconocida, el niño improvisaba un gráfico casi por fuerza

incorrecto. La corrección consecutiva, bien con ayuda del Diccionario, bien por indicación del profesor, dejaba en el espíritu del niño dos imágenes paralelas y casi de un mismo valor: una de ellas es falsa, correcta la otra.

De aquí se seguía que en lo porvenir, y acaso para siempre, el niño y aun el adulto permanecía en incertidumbre entre estos dos recuerdos casi iguales en valor. Y era corriente ver cómo muchas personas se preguntaban con ansiedad si la palabra «perfección», por ejemplo, se escribía con dos *ce* o si, más modestamente con una sola bastaba.

El método moderno, tan profusamente psicológico, del dictado *aprendido*, sólo permite el paso franco de la noción correcta al espíritu del niño. Este lee primero el texto en el libro y se lo aprende de memoria; seguro entonces de la forma de la palabra, cuando la escribe, su cerebro se habitúa inmediatamente a trazar un gráfico correcto, y no hay probabilidad alguna de que invente una imagen inexacta, falsa.

\* \* \*

Lo mismo exactamente sucede por lo que se refiere al miedo. Si muchos niños son tímidos es porque los padres, mal aconsejados, han invocado el temor como medio educativo inmediato, cómodo en exceso para suplir su propia falta de decisión, de voluntad.

¡Cuántos padres, para vencer la obstinación de un niño, su resistencia a un mandato, creen ingenioso amenazarle con la bestia que va a comérselo, con el hombre del saco, con el coco, etc.! Y omito otros recursos peores, pues cada familia tiene en este terreno una tradición y una documentación inagotables.

Casi siempre se añade a esto el terror a la obscuridad, la amenaza de enviar al niño al jardín cuando llegue la noche, o de encerrarle en el cuarto oscuro.

Se querría fomentar de un modo especial el miedo en un individuo que acaso de otro modo permaneciera inmune a esa afeción.

Y si los mismos padres acuden con harta frecuencia a tales expedientes, aún son más numerosas las veces en que pueden calificarse de anodinos si se comparan con los que emplea la servidumbre a que se confían los niños.

La nodriza o la niñera se encuentran ante este problema difícil, casi insoluble: les han dejado los niños con el encargo de que los hagan estarse quietos, pero, a la vez, han de guardarse bien de tocarlos siquiera.

Poco desenvueltos casi siempre desde el punto de vista intelectual, perfectamente ignorantes de la menor idea de educación, y, además, indiferentes en absoluto a los resultados definitivos que no han de tener ocasión de ver, los criados se ven casi obligados a usar de ese medio coercitivo tan simple y tan cómodo: el miedo. Y de él se aprovechan ampliamente, sin duda alguna.

Este cultivo intenso, reiterado, casi constante del miedo, no deja casi nunca de dar sus frutos, y por eso es tan considerable el número de niños medrosos. A lo que han oído viene a añadirse, en estos infelices pequeñitos, la serie de fantásticas consideraciones a que se entregan, y cuando se les ha hablado de objetos terroríficos, su imaginación no se aparta de ellos, y aún, por la noche, esas visiones poblarán sus sueños. O también, algunos cultivarán tales fantasías entre ellos, y los hay que disfrutan contando a otros historias horripilantes, que, a menudo, son los primeros en creer.

\* \*

Es evidente que no todos los niños son de igual modo accesibles a esta educación del miedo. Los emotivos se entregarán a sus consecuencias sin reserva alguna; los indiferentes serán afectados tan sólo en la superficie. Es cuestión de temperamento, de constitución innata.

Recientemente, un médico hacíame esta observación, muy justa: de sus dos hijos, aún pequeños, uno era atrevido, se encaramaba a todos los muebles, no se asustaba por nada, en tanto que el otro, el menor, no se determinaba a hacer otro tanto, y cuando alguna vez, por excepción, se aventuraba a subirse en un mueble cualquiera, ya no sabía cómo bajar y clamaba pidiendo ayuda.

Esta diferencia se explica, no sólo por razón de edad, sino principalmente en virtud de la robustez física, pues el mayor de los hermanos era incomparablemente más vigoroso.

Con esto quiere decirse que los temperamentos no son accesibles de igual manera a un mismo método educativo, indiscutiblemente. No todos los niños prdecerán lo mismo a consecuencia de los defectos de un sistema tan absurdo.

Entre los padres, los que recurren tan a menudo al método de intimidación por el miedo, son generalmente los débiles de voluntad, aquellos que no saben imponer sus decisiones, unas veces por no exponerlas con firmeza, y otras por no perseverar en ellas.

Sin ser, en manera alguna, un partidario ciego de los medios de corrección manual, puede admitirse, sin embargo, que en el niño pequeño conviene a veces recurrir a ellos. Sobre todo, lo importante es que el niño aprenda pronto que la voluntad de sus padres, claramente expuesta, ha de prevalecer. Lo que se le ordene deberá meditarse antes, pero, una vez ordenado, no queda más solución que mantenerlo. Claro es que los mandatos de los padres no han de estar constantemente cambiando. El niño, desde muy pequeño, sabe muy bien aprovecharse de la debilidad de sus padres, y esperar a que la veleta señale el viento más favorable a su capricho.

En caso de necesidad, un pescozón prometido y rigurosamente administrado cuando la ocasión llegue, vale infinitamente más que todas las amenazas, que todas las invocaciones del miedo.

En suma, si queréis que los niños desconozcan el miedo, esforzaos en no enseñarles a temer. Cuidad de vosotros mismos, de quienes vivan a vuestro alrededor, especialmente de los criados, y, si fuera preciso, recurrid al aislamiento con relación a otros niños que, siendo miedosos, puedan contagiar a los demás.

Pero—podría objetárseme—, ¿no es éste un sistema puramente teórico? ¿Es algo más que una contemplación espiritual? Como prueba de su valor práctico puedo citar una familia, de herencia nerviosa indubitable, en la que se han educado tres niños siguiendo estrictamente estos principios. Ninguno de ellos ha sido nunca miedoso ni tímido. En cambio, una familia allegada a la anterior, y muy parecida en sus cualidades, pero en la cual la educación de los niños se hizo con arreglo al método usual, ha producido niños medrosos, cuya timidez perduró hasta la edad adulta.

\* \* \*

Hasta ahora hemos hablado del método preventivo.

¿Es que existe un método curativo? Si un niño es tímido, ¿cómo curarle?

¿Deben recomendarse los métodos enérgicos? Al parecer, no, si hemos de creer un relato de Binet. Un médico tenía un hijo su-

mamente tímido y pensó que procedía bien haciéndole entrar, cuando apenas contaba doce años, en una habitación donde había un cadáver y obligándole a tocarlo. El resultado obtenido fué deplorable; el muchacho, inteligente y estudioso, estaba destinado a seguir la carrera del padre; pero, cuando tuvo que penetrar en la sala de disección, el recuerdo de la emoción experimentada en su niñez le impulsó a huir. Y fué forzoso burcarle otra carrera.

¿Habrá de adjudicarse algún valor a la narración, con tanta frecuencia repetida, de J. J. Rousseau y de la Biblia? No parece razonable que un defecto sirva para corregir otro. El orgullo es una falta lamentable en la existencia, y no recomendamos nunca que se fomentara para curar el miedo. Por otra parte, en materia de educación es esencialmente discutible la autoridad de J. J. Rousseau.

Hace poco me ha confiado sus cuitas una madre de familia, persona inteligente que, al parecer, había usado mucho de la influencia del orgullo como procedimiento educativo para su hijo. Y me confesaba que sólo cuando su hijo llegó a los veinte años se dió cuenta de que había sido sumamente tímido durante su niñez. Por orgullo había logrado que su madre no se enterara. Yo no veo que éste sea un resultado apetecible.

\* \* \*

Razonando el asunto desde el punto de vista filosófico, resulta claro que el método curativo del miedo, el que debe emplearse sobre todo, es el método sedante, el del olvido. Lejos de provocar esfuerzos directos de reacción contra el miedo, debe dejarse que el niño lo olvide, y evitarle ocasiones de nuevo accesos de temor. Si, por ejemplo, el niño teme la obscuridad, se afectará indiferencia y se le acompañará cuando haya de caminar por un lugar no alumbrado, eliminando toda ocasión de que se repita el acceso de emotividad.

A la vez, hay que cultivar en el niño el desarrollo de la voluntad, de la confianza en sí mismo. El momento de elección para esta terapéutica del miedo es el período comprendido entre los doce y los quince años, en que se afirma el vigor físico del niño, en que éste adquiere confianza en el valor de sus medios físicos de defensa.

La educación contra el miedo es, en suma, uno de los capítu-

los más interesantes de la educación del carácter y de la voluntad. No debe olvidarse que si el cultivo de la inteligencia en el niño es interesante, sin duda, pues le prepara los medios de alcanzar un puesto en la vida, es el carácter el que hace al hombre, y un individuo medroso es un individuo de valor disminuído, mer-mado.

Escuela de sabias reflexiones para los padres sobre su conducta para con los niños; orientación hacia una educación racional de la voluntad infantil y de su equilibrio mental, es indudable que esta cuestión del miedo en los niños pudiera ser motivo de útiles meditaciones.

De ellas sacarán provecho lo mismo los niños que sus padres. Es lo que podemos desearles en interés suyo y de la sociedad en general.

P. CHAVIGNY.

---

## LOS NIÑOS MODERNOS

---

Caprichos, rarezas, originalidades, «cosas» (que dicen algunos), han sido a veces las que han definido un carácter y una personalidad y... no sé si originalidad, capricho o rareza del que esto escribe, ha sido siempre el guardar como reliquias del corazón aquellos juguetillos de la primera decena del vivir, que nos hicieron felices en aquel entonces y que quisiera uno tuviesen la virtud ahora, como antes, de disipar los nubarrones de la tormenta interior, que bien pueden llamarse (son lo mismo) una «azotaina paterna» o un «problema a resolver».

Pues bien; no ha muchos días, entré ocasionalmente en cierta casa de nuestra población, hermosa de aspecto, de lujosa sencillez en su interior, con un patio como hoy día se ven ya pocos, y allí, al final, en un rincón del mismo, estaba un velocípedo, triciclo o «productor de chichones»: es igual, arrumbado y abandonado como trasto antiguo. Me acerqué un poco y me dió pena: los hilos de las arañas cruzándose en afiligranadas mallas, me hacían la impresión de que esa vida moderna en la que hasta al juego de

los niños quieren imponerle trabas y reglas fijas hacia un supremo esfuerzo para que esos objetos todos: caballitos, rompecabezas, muñecos, triciclos, etc. etc., no pudieran nunca salir de su inmovilidad, por impedírsele la fuerte reja de las ideas modernas sobre los niños.

—¿Por qué no juegan los niños?

—Sí juegan—me dirán enseguida—; y a los que así me contesten, yo les invito a hacer una pequeña observación que no les ha de costar ningún trabajo: vayan a cualquier paseo a la hora de mayor aflujo infantil y con cualquier periódico en la mano, fingiendo leer, siéntese en algún banco y escuche el primer diálogo que se le proporcione:

—¡Chiquillo, qué bárbaro! No sabes lo que te perdiste ayer: si hubieras visto «chutando» a Olavide; el pobre de Valencia que estaba de guardameta no sabía cómo ponerse para pararlo, pero ¡quial!; ese, como siga así para la Olimpiada del 2 que será en Madrid, lo vamos a tener de medio centro: aunque no sea internacional...

—Oye: ¿qué te pasa que vienes cojeando?

—Nada, hombre, nada, que en todo se tienen ustedes que fijar; que me dió el otro día Rubio un puntapié en la espinilla por querer los dos combinar al mismo tiempo...

No se habla de otra cosa, no se oyen otras conversaciones; aquellos juegos tan bonitos, entretenidos, amenos, como *el marro* y *la bandera*, se han declarado en huída vergonzosa y forzada aplastados por el mazaso brutal de un golpe de penalty y arrastrados en medio del casco de una multitud de «niños grandes» que huele a gasolina y suenan a fox-trot u orquesta de negros.

—¿Por qué no juegan los niños?

El juguete representaba la ilusión, el deseo, el acicate para el estudio, el estímulo para el cumplimiento del deber, era el ansia lograda, la esperanza cumplida, la recompensa lograda como premio de un trabajo laborioso, la recompensa de un «colorado» como nota de final de semana cuando venía acompañado de «La orden del día», la fantasía, el ingenio, la alegría asegurada por unas semanas, todo aquello, en fin, que ahora no se tiene, piensa uno que era verdad, lo de los «sueños color de rosa» y lo que ha dicho no sé quien de que «¡ay del hombre que no haya jugado en su infancia!».

Aquello que Binet llamaba *Ortopedia mental* tenía su realidad cumplida en la elección de un juguete adecuado a las inclinacio-

nes del chiquillo que lo ha de recibir: ya que por los juegos los pedagogos, «los forjadores de hombres», conocen las inclinaciones de los muchachos, es lástima que se venga perdiendo esa afición que como medio de corrección o de estímulo mental de una vocación, representaba un medio altamente beneficioso en el encauce de esas cabecitas juveniles.

El juego así entendido y casi trabajando en la subconsciencia, representaba por su variedad un descanso intelectual y un medio de acumular reservas para la nueva jornada; y no se me objete que es ir contra lo que los higienistas y prácticos recomiendan como medio principal de fortaleza física, no: nuestros antepasados que por fortuna no los conocieron estaban tan rollizos y fuertes como el primer campeón de boxeo actual; y en nuestros tiempos el mismo frontón y la gimnasia más o menos disfrazada al aire libre, cumplen con más método y regularidad los preceptos de higiene: siempre resultará que tanto unos como otros son prematuros para esa segunda infancia que este siglo, que es el de las precocidades, quiere convertir en juventud adelantada.

«Hay que pensar siempre», dijo Newton, y este discutido consejo que ahoga al nacer las bellas ilusiones de nuestra alma, va teniendo en las horas que corremos su realización.

A los que dejan correr sus ideas, hablando del ensueño de esa edad y de las «ideas antiguas» (porque son de ayer), se les llama anticuados o descentrados y claro está, tendremos juventudes con músculos gemelos y sóleos muy desarrollados, pero el corazón, que también es un músculo, lo habrán atrofiado a fuerza de negarle la primera materia de su sustento: La Fe, el ideal, las ilusiones y esperanzas.

**HAY QUE VIVIR A LA MODERNA:** la fuerza impulsiva nos arrastra y la velocidad del que viene detrás no nos deja tiempo siquiera para mirar lo que fué.

¡Pobres juguetes! ¡Cuando chico hubiera querido uno daros vida; y hoy, con «juguetes vivientes» quisiéramos reducirlos a la inacción!

¡Pobres niños! ¡Os quieren hacer hombres antes de tiempo y os destrozan el alma!

PLACON

---

## Diversos métodos de educación doméstica

### I.—Las Comparaciones

Entrando de lleno en el fondo de este nuevo estudio, diremos que nada es tan impolítico como las demostraciones por comparación:

—«¡Aprende de Emilito! ¡siempre tan bueno, tan complaciente y tan cariñoso con su aya!»

—«Pues el otro día oí que la llamaba: ¡cara de mico!»

—«¡Oíste mal! Emilio es incapaz de decir eso,» contesta la madre continuando la inoportuna polémica.

—«¿Crees que no? insiste al niño. ¡Cuando veas a su papá, pregúntaselo y verás como no miento....!»

\* \* \*

Al día siguiente nuevo incidente: «El señor X\* no es capaz de comprar a su hijo una cervatana.»

—«¿No? ¡Pues mira! acaba de comprarle un revolver.»

Los padres quedan en mal lugar.

A falta de autoridad personal, invocan con timidez el ejemplo que otros ofrecen, como si trataran de justificarse por atreverse a tener opiniones propias.

A ese extremo llegan los que *carecen de valor*; sí, de valor y energía para impanerse.

### II.—Las promesas vanas

Si las amenazas vanas amenguan la autoridad paternal, no son menos lamentables las consecuencias que se derivan de las promesas no cumplidas, pues aminoran el afecto del niño hacia sus padres:

«Si comes la sopa, te compraré una muñeca muy bonita.»

«Si vienes enseguida, te daré un corderito muy hermoso.»

«Si escribes bien, te regalaremos un velocípedo...»

Y el niño llega a la mayor edad sin haber visto ni las sombras de las magníficas recompensas ofrecidas.

Al niño que es ingenioso y sencillo, se le engaña diez, veinte veces, porque es confiado por naturaleza. Mas ¡todo tiene sus límites!

La experiencia le demostrará que se burlan de él y que explotan su credulidad.

Llegará un día en que aleccionado por este juego engañoso, pedirá a sus padres que le enseñen lo que le prometen, porque duda, no sin motivo, de la sinceridad de sus palabras.

O bien exclamará en un momento de despecho: «¡Hace un siglo que me prometeis lo mismo. Me engañais!»

Contestación muy insolente... ¡y muy verdadera!

### III.—Los embustes

No se confunda esta hipótesis con la precedente.

Ahora se trata de sorprender verdaderamente la buena fe.

«Dame la pluma, monin, que voy a hacerte unos dibujos muy bonitos.»

El niño murmurando una frase de agradecimiento, apresúrase a obedecer...

«¡Ya no la verás más!» le dicen secamente.

Y con este procedimiento se dá lugar a que conciba sorda ira, y piense que es un contrasentido que se le aconseje la sinceridad y la franqueza.

En ocasiones se le dice: «Has sido bueno y voy a llevarte al circo...»

¡Y se le lleva a casa del dentista!

Hemos presenciado el caso; nada inventamos.

\* \* \*

Otras veces, para evitarse molestias, se prefiere decir una *contra-verdad*.

Anuncian al niño una bebida excelente: «¡Oh! ¡qué buena es!» dicen sonriendo, aparentando deleitarse con aquella poción, que, por supuesto, no han gustado siquiera.

Seducido al niño por tan engañosa escena, aproxímase, y confiado en la palabra de su madre, coge la pérfida taza.....

Muy presto comprende que se le quería hacer tragar una bebida repugnante.

La tira con coraje, indignándose ante la idea de que se haya calificado de delicioso un líquido nauseabundo.

Y ahí le teneis desconfiado ya para siempre.

*Se le ha engañado; ¡no lo olvidará tan pronto!*

\* \* \*

Supongamos que ha sorprendido al niño con habilidad bastante para hacerle tragar una cucharada del acre medicamento ofrecido...

Mañana, aquel mismo día, enseguida, os vereis obligados a luchar contra las repugnancias del gusto, contra la rebeldía de un espíritu vengativo, contra las represalias del amor propio ofendido.

Hacer un llamamiento a su voluntad, es un lenguaje que el niño bien educado comprenderá mejor de lo que supone.

La experiencia lo demuestra de un modo decisivo.

\* \* \*

Lo que a nuestro modo de ver constituye la gravedad de estos engaños es el papel de embustero que se representa para lograr el fin apetecido.

Con el propósito de convencer al niño cuando vacilla, ha sido menester, necesariamente, adoptar una actitud grave; hablarle en tono convencido, para inspirar confianza; es decir, mentirse a sí mismo, *enseñando al propio tiempo el arte de engañar.*

¿No es esto rebajarse?

¿No es educar al revés?

#### IV.—Las burlas

Muchos hallan ingenioso el sistema de mofarse del niño bajo pretexto de que así se le forma el carácter.

Un niño culpable, avergonzado, llora en un rincón.....

Su padre va a buscarle; con ambas manos le levanta la cabeza de manera que la luz ilumine su lloroso semblante, y dirigiéndose a los que le rodean:

«Véis— ¡qué hermoso! ¡qué bueno, qué amable! ¿No le halláis monísimo?»

Puesto así en ridículo, se agría el carácter del niño, y se acumula en su corazón profundo rencor.

El procedimiento es infalible para formar niños ariscos y vengativos.

Por el contrario, que el niño vea y *sienta*, que los padres se resignan con gran tristeza y sincero pesar a contrariarle reprendiéndole, o a castigarle, si lo merece; que se le faciliten medios para ocultar su pena a los demás..... y no dudéis que se conmovirá.

Se pueden perfectamente compartir las tristezas del culpable, y decirselo cariñosamente, sin demostrar por eso la menor blandura en el castigo necesario.

Tal es el modo de conciliar este doble cometido de juez severo y de padre afectuoso.

## V. — Las humillaciones

Hay padres que repiten de continuo: «¡Pero qué tonto y qué necio eres! ¡Dios mío, qué muchacho más estúpido! ¡Que torpe, qué desmañado!»

Concedamos que estas apreciaciones son verdaderamente exactas... Razón de más para que molesten y mortifiquen.

Emplear este lenguaje, no hay que dudarlo, ofrece muy graves inconvenientes: demostrémolo.

\* \* \*

Ante todo, al hacer notar las torpezas que el muchacho cometa, se sugiere a *todo el mundo*, amigos o criados, la idea de dirigirle los mismos reproches; de manera que de la mañana a la noche no oirá hablar más que de sus tonterías.

Acabarán éstas por ser tan proverbiales y tan divulgadas, que se apagará en el alma del niño el sentimiento del respeto humano, tan útil como legítimo.

¡Para qué molestarse!

Presentado a todos como un tonto, sintiéndose de ridículo ante todos, *no tiene para qué esforzarse en mejorar.*

Su reputación *está ya hecha.*

Insensible a los sarcasmos con que se le ha agobiado, acabará por «lucir su idiotez» o, cuando menos, por exagerar su ingénita necesidad, hasta el punto de hacerla exasperadora!

Esta será su coquetería y hasta su venganza.

\* \* \*

Por otra parte, si el niño es efectivamente tonto, ¿no es hacerle un mal servicio presentándole como tal, entregándole a la implacable chacota de cuantos le rodean?

Cuando llegue a ser hombre necesitará dar muestras de genio para lograr sólo que se le clasifique entre los de mediana inteligencia. Y para muchos continuará conservando un resto de imbecilidad, por más maravillas que haga.

El estigma será indeleble.

En tales circunstancias, en vez de abochornarse el muchacho ante los demás, es mil veces preferible llamarle *aparte*, y decirle:

«Yo sé que no eres torpe, y que en el fondo tampoco eres tonto... ¿Por qué no procuras que no te incluyan en el número de los majaderos?»

Con este procedimiento se despertará su amor propio, y el niño, persuadido de que se le cree dotado de inteligencia, recobrará la perdida fe en sí mismo, se estimará más, y se engrandecerá a sus propios ojos.

\* \* \*

Preciso es tener también en cuenta que la agudeza no es la inteligencia, ni mucho menos, por más que se confundan frecuentemente estas dos cualidades.

Interrogando cierto día a un niño de ocho años, a quien se consideraba como un tonto excepcional, obtuve una curiosa contestación.

Este niño estudiaba la historia de Salomón. Creyendo tenderle un lazo, le invitamos a que nos dijera lo que pensaba respecto a la sabiduría de aquel rey.

Con aire del más completo bobalicón, contestó:

«Si el rey Salomón hubiese pedido a Dios la sabiduría para todos, hubiese sido todavía más sabio... y menos egoísta.»

Jamás olvidaremos el tono estúpido con que nos dió esta respuesta, de la que quisiéramos ser autores.

## VI.—La doma

¡*Domar, domesticar!* aquí tenéis las expresiones que se ofrecen al pensamiento, y que acuden a los puntos de la pluma, cuando se escribe acerca de los sistemas contemporáneos en materia de educación.

Como se ve, el vocabulario típico del veterinario entra en el curso de la conversación, y reemplaza poco a poco al lenguaje superior del filósofo y del moralista.

Esto tenía que ocurrir.

Porque para el materialismo (esta creciente marea que nos ha anegado hasta el propio pensamiento), el matrimonio no es otra cosa que un cruzamiento, y el niño un producto. ¡Perdónenme los lectores estas brutalidades!

Por tanto, domesticar o domar a los hijos, o sea, *amaestrarlos* para que sepan presentarse en sociedad, consiste en dar preferencia a las cualidades exteriores sobre las cualidades morales; en preocuparse más de la forma que del fondo; en cultivar el espíritu con preferencia al corazón.

En este caso, se acatan menos las sugerencias del amor paternal que las de la vanidad: se procura ante todo tener un hijo que *honre a la familia*.

\* \* \*

La corrección en los modales, la cortesía en el lenguaje, la afabilidad, forman parte integrante de la educación.

Es indiscutible.

A todos estos factores debe atribuirse gran importancia, porque tienen el valor de virtudes sociales que se cotizan a muy alto precio, y porque la sociedad suele estimarlas en más que al verdadero mérito, por poco que éste se presente revestido de cierta rudeza o un tanto falto de cortesía.

No se concibe fácilmente un fruto fino y delicado, bajo una corteza dura y grosera.

Esto no obstante, justo es consignar que los buenos modales, por muy estimables que sean, no tienen, en definitiva, más que un valor secundario; son agradables apariencias.

Nada más.

\* \* \*

El amor maternal no se ha de preocupar tanto de engalanar a la hija con inútiles «perifollos», como de adornar de sólidas y firmes virtudes el alma querida que se le ha confiada: esta grande obra ha de ser el incesante objetivo que absorba a la madre.

Suponed un niño bien *amaestrado*, que sabe presentar espon-táneamente sus mejillas para que las besen los invitados; saludar con amabilidad; dirigir alguna frase graciosa y oportuna: colocar bajo los pies de las señoras el cómodo taburete; acompañar a los amigos hasta la puerta, recordar de un modo lisonjero a los ausentes... etc.

Pregónanse a los cuatro vientos las gracias de esta amable criatura: «*¡Se conduce como un perfecto caballero!*» O bien: «*¡Parece una mujercita!*»

Esto basta para conquistar en sociedad la patente de «niño perfectamente educado».

Sin embargo, observad a ese pequeño personaje en el seno de la familia: es egoísta, violento, embustero.

Posee todas las cualidades inherentes a la edad madura, pero tiene también todos sus grandes defectos.

Y si no se tiene con él mucho cuidado, de *correcto caballero*, puede trocarse en *correcto... calavera*.

## VII.—Ilusiones: aduicaciones

¡Todo cuanto dice el niño es ingenioso! ¡todo lo que hace es admirable!

Ciertas gentes tienen una manera tan especial de describir las impertinencias de sus hijos, que equivale a una franca aprobación: «*¡No se ha atrevido el muy tunante a decir esto...! ¡En su lugar, yo me hubiera avergonzado!*»

A decir verdad, no ha causado gran enfado la audacia...

\*  
\*\*

Hemos conocido padres, que, durante todo el invierno, han contado en los salones a que han concurrido, la ocurrencia de su hijo, colegial de trece años, que se atrevió a llamar «adefesio» a un anciano magistrado, que intentó reconvenir cariñosamente a su «amiguito».

Divulgaban la anécdota; ¡prueba de que no les parecía desagradable!

«¡Hay pocos galopines de su edad que tenga tanto aplomo! se decían *in petto*.

\* \* \*

«*Yo no sé de dónde saca lo que cuenta*», repiten otros padres, con oculta satisfacción... Si se reflexionara bien, podría acertarse sin esfuerzo,

¿No halla algunas de estas frases en... la cocina, y muchas en la calle?

Desde el momento en que el niño no es tonto, se le proclama extraordinario, ¡sin igual! Y al ver que su inteligencia se desarrolla con la edad, se admiran los padres de este suceso, que es, sin embargo, común a todos.

«*¡Tiene una facilidad increíble!*» - Comprendido.

«*Irá muy lejos...*»—¡Sí! más lejos tal vez de lo que puede presumirse.

Entonces, embriagado por la ambición, el obrero soñará en convertir a su hijo en comerciante; el burgués querrá hacer de su heredero un elevado funcionario, y será capaz de arruinarse por llegar a ser el padre de un supernumerario que gasta sin tino y no gana nada.

Más adelante insistiremos en este punto.

### VIII.—La familiaridad

Bajo este título, nos proponemos ocuparnos de la falta de respeto con que el niño trata a sus superiores.

A los veinte años, el hijo de un general a quien hemos conocido, llamaba comunmente a su madre «gatita»; y amigos y allegados, todos celebraban el apodo.

De igual suerte, la hija de un profesor llamaba cariñosamente a su abuelito: «Mi viejo amigo» o «Señor León».

Aquí nos referimos simplemente a la familiaridad, y no a la irreverencia.

El niño «bromea» con sus padres lo mismo que con sus compañeros; subraya, sin mala intención, así quiero suponerlo, pero torpemente, los *lapsus*, los equívocos o los yerros en que incurren sus padres; recuerda con complacencia sus errores o sus inadvertencias; en una palabra, salta de gozo cuando descubre una *falta* en ellos.

¿No habéis encontrado nunca algún chiquillo de diez años discutiendo con su madre, o *apostándose* con su padre, si se le lleva la contraria?

Nada más grotesco... ¡y triste!

\* \* \*

Muchos lectores pensarán que la familiaridad es la inevitable consecuencia del *tuteo*, tolerado hoy día en muchos hogares.

¿Es una causa o un resultado? No nos atrevemos a decidirlo...

Efectivamente, todo depende de la sociedad en que se vive, y singularmente de las tradiciones de la familia.

En realidad, sean cuales fueren los usos y costumbres, conviene dar más valor al mismo sentimiento que a la fórmula que parece traducirlo.

\* \* \*

Muchas veces hemos oído señalar la importancia que reviste la *libertad de testar*, como sanción de la autoridad paternal.

La principal observación que se nos ocurre, es la siguiente: esta amenaza no podrá, bajo ningún concepto, reemplazar la eficacia de la *primera* educación.

En efecto, a la edad en que las consideraciones de fortuna pueden modificar de alguna manera la conducta del muchacho, la misión de los padres está casi terminada.

¿Hay algún hijo que antes de la adolescencia esté siquiera en estado de poderse entregar a estos vergonzosos cálculos?

Por nuestra parte agregaremos:

El que, pensando en un interés pecuniario futuro, se prestara a hacer lo que no haría por respeto a su padre o a su madre, sería un niño miserable, el peor educado de todos.

Para desheredar justamente a un hijo, debe admitirse que se ha convertido en un ser *detestable*: esta medida podrá ser un castigo, pero nunca un procedimiento preventivo.

## IX.—Los compañeros

«Dime con quien andas, y te diré quien eres».

La influencia del medio y el poder del ejemplo, obran sobre el muchacho de la manera más decisiva.

¡Cosa lamentable! los amigos de nuestros hijos son designados *más por las circunstancias que por la elección.*

De ahí se desprende que las relaciones se crean, ante todo, por efecto de las categorías sociales.

Véase lo que ocurre en las poblaciones de segundo orden:

Los hijos de los magistrados se relacionan con los de los notarios; los de los altos empleados con los de los banqueros...

Algunos nobles rancios (y cuenta que digo solamente *algunos*), levantan el puente levadizo, tan luego como sus «descendientes» han franqueado la puerta del castillo...

Los grandes comerciantes e industriales forman bando aparte, y no se confunden ni aun con la burguesía no adinerada...

¡Ay! ¡olvidamos muy fácilmente que sólo existe un Dios,—una Ley,—y una Patria!

\* \* \*

El hijo de un colega, por mal educado que esté, es, de derecho, el amigo obligado del nuestro.

No se le escoge; está ya indicado. \*

Sin embargo, un fruto *averiado*, colocado junto a otros veinte sanos, no por ello mejorará, antes al contrario: contaminará a los demás.

Tal es el peligro que ofrece el exclusivismo y el espíritu de clase, cuando lo único deseable debía ser que sólo existieran dos categorías: los niños mal educados, y... los otros.

\* \* \*

Con mayor motivo, llamaremos la atención sobre el importante punto de elegir los *criados* de la casa.

Su ascendiente es tanto mayor, porque su acción es continua, y porque el niño busca por sí mismo esta sociedad subalterna, en la que encuentra menos sujeción, y en la que se satisface su naciente vanidad.

Si es cierto que la educación se forma por medio de todas las palabras que llegan a nuestros oídos, de todos los pensamientos sugeridos al espíritu, de todos los ejemplos que se ofrecen a nuestra vista, y, en fin, de todos los actos de la vida, ¡qué importancia no han de tener para nosotros los principios de aquellos cuya presencia diaria ejercerá sobre el niño impresión indeleble, irremediable!

### X.—«Lo que no debe decirse»

Consideramos inhábil el procedimiento consistente en educar a los chicos en una ignorancia... artificial.

Expliquémonos.

Nuestros lectores habrán visto sin duda, dada la claridad de las afirmaciones contenidas en este volumen, que preconizamos una moral intransigente, y que, en punto al deber, no admitimos componendas.

Seguramente no faltará quien nos clasifique entre los rigo-ristas...

Pero la moral consiste más en enseñarnos a combatir el mal, que en perseguir la quimérica esperanza de que el niño crezca en una inocencia ideal, a pesar de vivir en esa deletérea atmósfera que respiramos.

Para esto sería preciso suponerle *sordo, ciego y algo idiota* a la vez.

\* \* \*

Partimos de este principio incontestable, a saber: que nuestro hijo verá, oírás, comprenderá y adivinará, demasiado pronto, mil cosas censurables y aún escandalosas.

Admitamos que así ocurrirá, en tanto que los hombres alimenten pasiones y vicios... ¡Y hay para rato!

La cuestión estriba, pues, para todo espíritu *práctico*, en *preparar paulatinamente* al niño para esta clase de revelaciones perturbadoras, que inevitablemente vendrán a asaltar su espíritu, a imponerse a su atención, y a estimular su curiosidad siempre en acecho.

\* \* \*

A menos que los padres se hallen dotados de una credulidad singular, no podrán pretender que su hijo DESCONOZCA TODO LO QUE ELLOS CALLAN!

Existen padres excelentes que cren a pie juntillas en el angélico candor del heredero de su nombre, simplemente *porque han procurado guardar* una reserva y una discreción tan laudables..., como insuficientes.

El silencio sistemático tiene una doble desventaja: incita al hijo a buscar, *fuera* de su casa, confidencias y aclaraciones mucho más peligrosas; y, en segundo lugar, conduce al niño a un aislamiento funesto.

\*  
\*  
\*

En efecto, entregado a sí mismo, su imaginación evocará el recuerdo de los episodios que le han impresionado, los problemas cuya solución satisfactoria ha buscado febrilmente.

¿Bastará el silencio de los padres para satisfacer al niño y borrar del caudal de sus recuerdos esas interrogaciones que bullen en su cerebro...? ¿Cómo suponer que no se ingeniará por todos los medios, para ver con claridad cuanto le rodea y dentro de sí mismo...?

¡Nada más quimérico!

El niño quiere saber; y sabrá... Es, pues, mil veces preferible que llegue a este resultado auxiliado POR NOSOTROS.

Si no le ayudamos en sus pesquisas, consultará subrepticamente los libros y a sus compañeros.

¿A cuáles...? A *los peores*, fácil es deducirlo.

El niño *juicioso*, a quien se le haga prometer que dejará sin vacilar toda lectura que le parezca mala, estará más seguro que aquel a quien se quiera librar de todo escrito corruptor, mediante una vigilancia asidua, que es materialmente imposible ejercer.

\*  
\*  
\*

¿Preténdese convertirse en el *amigo* del hijo?

Bastará levantar POCO A POCO el velo con las infinitas precauciones que sugiera la ternura paternal; escogiendo el momento oportuno de estas confidencias; aplicándolas según las circunstancias; proporcionándolas, por último, a la impresionabilidad del muchacho y a su carácter.

Estas conversaciones íntimas dirigidas, repetimos, con la mayor prudencia y cuidadosa circunspección, tendrán para el niño un *atractivo incomparable*.

Se identificará tanto más con vosotros, y buscará tanto mejor vuestro interesante trato, cuanto más vea en vuestras palabras prudentes y discretas, pero siempre veraces, *una contestación satisfactoria* a las preguntas que le obsesionan con la intensidad de una pesadilla.

Cesará su confusión; creará cuanto le digáis, e, instintivamente, irá hacia vosotros, como se va hacia la luz...

Esta es la obra maestra del educador.

Porque si no tomáis precauciones, el muchacho se educará a su capricho, y no como deseáis.

### XI.—Preguntas capciosas

«¿A quién quieres más, a papá o a mamá?», pregunta el padre o la madre, el que se cree objeto de un cariño privilegiado.

Y el niño vacila por lo común en contestar, comprendiendo admirablemente el artificio que encierra la pregunta que se le hace.

No obstante, no se ceja: se le acosa y hostiga hasta lograr que «responda cualquier cosa», o en otros términos: hasta que lastima al padre o a la madre con la penosa confidencia que se le exige.

\* \* \*

Las preguntas del pequeñuelo serán más ofensivas aún si declara espontáneamente la desigualdad con que reparte su cariño. ¡Cómo se han de tener en adelante para el ingrato las mismas complacencias, las mismas ternuras! ¿Hay cosa alguna que pueda herir más directamente el corazón...?

Además, ¿cómo no sentir algún odio contra el esposo que se ha captado el amor filial sin razón que lo justifique?

Obsérvese que el preferido será siempre, fácil es adivinarlo, aquél de los padres que más mime al niño, aquél que satisfaga sus caprichos, aquél que no convierta en hechos las amenazas, con el secreto deseo de obtener mayor número de caricias.

\* \* \*

Otras veces, un extraño a la familia pone en tortura al niño, obligándole a declarar quién es *más severo*; su padre o su madre.

En este caso, el niño listo guardará silencio, pensando: «Si digo lo que se me ocurre, estoy seguro de que serán conmigo más severos.»

Reflexión muy juiciosa.

¿No oís ya esta amenaza inevitable?: «¡Ah! ¿crees que a mí no has de quererme ni obedecerme? ¡Ya lo verás...!»

Y es de temer que se rebase la medida, para tener más razón.

## XII.—Los padres tímidos.—Los monólogos

Existen padres, tímidos por naturaleza, que, por más que desean educar bien a sus hijos, NO SE ATREVEN A IMPONERSE.

Unos por pereza y otros por excesiva bondad de carácter, ceden siempre, temerosos de exponerse a recibir una negativa, que no se creen capaces de combatir abiertamente.

Esta clase caracterízase por la costumbre de los monólogos.

Demasiado irresolutos para imponer con claridad sus mandatos, o para dirigirse *determinadamente* al niño; demasiado tímidos para afirmar su voluntad, hablan en voz alta, dando a sus reflexiones la forma de una verdadera conferencia y el desarrollo de un curso acerca de la materia...

A decir verdad, se dirigen a sí mismos, faltos de público que les escuche, desempeñando al propio tiempo las funciones de orador y de auditorio.

\* \*

Por ejemplo, el niño comete una travesura... En vez de reñirle sin ambages, suelta el padre el monólogo siguiente:

«¡Oh? ¡cómo me desespera este chico! ¡Cuando se le riñe por algo, hace el mismo caso que si oyera llover! Si se le pregunta o se le pide una cosa cualquiera ¡maldito si se molesta en lo más mínimo! ¡No hay cuidado! Estará una hora sin moverse... ¡Lo hace a propósito,...! ¡Basta que se le mande una cosa para que haga todo lo contrario...! no tiene igual; ¡es capaz de hacer perder la paciencia a un santo!»

\* \* \*

Entre tanto, el niño insubordinado, que ha comprendido que *se teme* hablarle DIRECTAMENTE, se encierra en un mutismo y una indiferencia que le prestan gran fuerza; la de la pasividad contra las impacencias paternas. ¡Más aún! Esta sangre fría, que es como una venganza y una especie de provocación, coloca al niño en situación más airosa.

Porque si los padres son nerviosos y expresivos, él aparece mudo y tranquilo.

Sabe con seguridad, que todas esas explosiones y toda esta

argumentación, cesan cuando llega la fatiga, y que, personalmente, nada tiene que temer: *verba et voces...*

\* \* \*

La consecuencia de esta calma ficticia, será, ante todo, irritar a los padres, ponerles fuera de sí, demostrándoles hasta la evidencia la inutilidad completa de sus reproches.

Su emoción aumentará poco a poco, llegando a tal extremo, que, por efecto de un trueque de papeles, los padres burlados parecerán ser los intemperantes y violentos.

En estos momentos, no habría replica del niño, ni insolencia alguna, que pareciera tan exasperante como su mutismo.

¡No! ¡no intenta defenderse!

Desprecia soberanamente estas acusaciones que *aparenta* no oír.

«¡Duro, infeliz! parece decir a su enojado padre este muchacho impasible, ¡grita, sermonea, gruñe, escandaliza! ¡ponte cuanto gustes en ridículo...! Todo eso salo servirá para empequeñecerte, demostrando tu debilidad y proclamando más y más mi independencia... No me alcanzan tus iras ni tus amenazas...»

Y los padres irritados, continúan en voz alta:

«¡SE queda tan fresco! ¡SE burla de cuanto SE le dice! ¡Ni SE pica ni SE corre...! ¡SE complace en llevar la contraria a TODO EL MUNDO, sólo por el gusto de hacer rabiar...! ¡Es una dicha pasarse todo el santo día oyendo que SE le grita y SE le riñe!»

Y al llegar a este punto, tal vez se escapará de labios de algún lector esta frase prudhoniana: «¡Felices los padres que no tienen hijos!»

\* \* \*

Obsérvese el constante uso de fórmulas impersonales, característica segura de las almas débiles a quienes asustan el yo y el tú.

Queriendo ponerse de manifiesto lo menos posible, reemplazan el *yo* y el *se*, y evitan dirigirse a la segunda persona, como gramaticalmente se dice, temerosos de suscitar rudo combate.

El *se*, según la expresión de Voltaire, es un personaje de anchas espaldas que, sin protestar, tomà sobre sí las responsabilidades de que quieren descargarse los miedosos.

En una palabra: *yo*, es el cabeza de familia; *sé*, son los vecinos a quienes se pide auxilio...

\* \* \*

Con semejantes padres, se considera el niño tan *fuerte*, que podrá hasta mostrarse con ellos temeroso, y preguntarle con aparente ingenuidad, «por qué se enfuerecen de este modo».

El tono de su voz será de sincero pesar, si bien, en el fondo, se burla de ellos cortésmente.

\* \* \*

¡No hay lugar a duda!

El padre que no tiene la energía de empuñar con mano serena, pero segura y firme las riendas para guiar; el padre que se limita a «predicar en desierto», a formular generalidades, con la esperanza de *sugerir* su voluntad, y de infiltrar sus propios sentimientos, no es un piloto que dirige, es simplemente un viajero sin brújula que sigue la corriente, dejándose arrastrar por las olas.

El muchacho que en estas circunstancias acostumbra a hacerse el sordo, vacilaría probablemente en rebelarse si se le tratase como merece.

Por otra parte, si se negara a obedecer sería un bien relativo.

¿Por qué?

Porque el padre, al ver que le provocaba, recobraría virilmente, por una reacción natural muy probable, su desconocida autoridad, y se mostraría tanto más tenaz y absoluto es su voluntad como débil e irresoluto es por naturaleza.

La experiencia prueba la exactitud de esta tesis.

\* \* \*

En efecto; no hay nada más «entero» que los tímidos cuando, *por casualidad* se deciden a adoptar una resolución.

Admirados por haberse atrevido a pronunciar un *sí* o un *no*, se aferran obstinadamente a su idea.

Desgraciadamente esto no les ocurre con frecuencia, y quieren gozar de su victoria sobre ellos mismos lo más que les sea posible.

En la hipótesis de los monólogos, no existe desobediencia, en la verdadera acepción de la palabra, puesto que nada se ha ordenado positivamente: todo se ha reducido a meras indicaciones o recriminaciones, dirigidas *urbi et orbi*.

Es demasiado... y muy poco.

El niño lo comprende perfectamente.

### XIII.—Las preferencias.—Los predilectos

La parcialidad es una de las más seductoras tentaciones contra las que debemos prevenirnos.

Muchas son las causas que pueden producir estas desigualdades de cariño.

Un niño se asemeja moral o físicamente a sus padres... Es casi seguro que se le hallará más hermoso o más listo que a los demás.

Algunas veces también se enorgullecen los padres con las cualidades físicas de uno de sus niños; es encantador, gracioso, afable, elegante, llama la atención...

Para el niño el efecto es pernicioso; pero el amor propio maternal, embriagado por estas alabanzas continuas, busca las ocasiones de exhibir al hijo predilecto.

Hasta en el modo de vestir al niño se evidencia esta parcialidad.

\* \* \*

Tal afecto resulta un tanto egoísta. Se ama por sí mismo, y en detrimento de todos los hijos, incluso del *preferido*.

En tanto que el predilecto vea que el rigor se aplica a los demás a su sola indicación, y que se le multiplican las caricias sin merecerlo, sus hermanitos darán pábulo a inevitables celos y alimentarán rencores contra sus padres, que no ejercen su autoridad con arreglo a rigurosa justicia.

A todo esto agregad que el *benjamín*, objeto de tan singular atención, será probablemente *menos bueno* que sus hermanos... ¡porque se le mima con exceso!

En vez de formar y fomentar de continuo al niño vanidoso, sería más oportuno, por el contrario, ocuparse de los otros, cuyos modales tienen más necesidad de ser corregidos, o cuya inteligencia está entorpecida; de este modo se logrará que se restablezca el necesario equilibrio entre todos los hijos.

De lo contrario se verán en el hogar dos clases de hijos, dos afectos y dos justicias.

\* \* \*

Menos cuerdo es todavía establecer antagonismos entre los hijos, con el propósito de corregir a unos con el ejemplo de otros.

—«¿Ves como Santiago es más bueno? ¡De seguro que no se atrevería a hacer lo que tú haces! ¡Por eso todos le quieren!».

¿Cómo no ver que con este procedimiento se siembra el rencor y la discordia...?

El niño propuesto como ejemplo, ¿tendrá por ventura, el tacto suficiente para no abusar de la situación y para no mortificar ni exasperar a su hermano culpable?

Lo dudo.

\* \* \*

Mirad a vuestro alrededor, y veréis que, por efecto de un desquite equitativo, aquel que fué *predilecto* para la familia, *pagará muy cara* más tarde la distinción con que se le favoreció.

Porque al niño idolatrado es al que los padres se dan menos prisa a establecer... ¡Esto sería separarse de él! y se le quiere tanto a este ser adulado, que surge la desconfianza, ante la sola idea de que nuevos sentimientos lleguen a competir con el amor filial, cuya posesión se quisiera fuera exclusiva.

Si se trata de una cariñosa hija, se ama de tal suerte a este verdadero tesoro, que se rechazarán durante muchos años las proposiciones de los más dignos pretendientes, hasta que llega el día en que la joven, al verse soltera y en los últimos límites de la juventud, se dá clara cuenta de que, sin quererlo, se la ha sacrificado.

\* \* \*

¿Quién se atrevería a sostener que el corazón humano es tan pequeño, que no puede contener simultáneamente varios sentimientos, grandes, nobles y generosos?

¡Cómo! las Creencias, el Patriotismo, el amor maternal y el conyugal ¿no pueden, acaso, coexistir en una misma alma y desenvolverse libremente?

¡Qué calumnia!

El corazón, creedlo, es como el imán, cuya energía y fuerza aumentan a medida que se consume y se transmite...

¡Cuanto más da, más se enriquece...!

¡Este su incomparable privilegio y su maravilloso secreto!

#### XIV.—Las palabras irreflexivas.

Si todos estuviésemos persuadidos de que los padres son los vaciadores del molde en donde toman cuerpo y forma las ideas del niño, estaríamos apercebidos contra lo temerario de ciertas frases en que se hacen afirmaciones a la ligera, o simplemente por hablar, sin dar a las cosas la menor importancia.

Cien veces hemos oído y repetido tal proverbio..., tal frase hecha... Se hace esto sin atribuir el menor valor a las palabras.

Sin embargo, los niños ven en ellas otras tantas verdades y axiomas, cuya fórmula breve y gráfica se fija en la memoria como un jalón indicador.

Estos primeros juicios servirán de bases a las operaciones intelectuales y de punto de partida para las inducciones lógicas que regulan el pensamiento humano.

Tal es la génesis de los *principios*.

Prescindamos de abstracciones y citeamos ejemplos:

Un niño se escapa al jardín a pesar de la formal prohibición de su madre; corre, salta, cae y se araña las manos. El escozor le hace prorrumpir en gritos; entra en casa, y deshecho en lágrimas, refiere su desventura...

—«¡Lo tienes bien merecido! ¡Dios te ha castigado!».

¡Bueno!

Comprendemos perfectamente lo que significa la frase y lo que se quiere expresar.

Pero la cuestión no estriba en ésto: lo importante es saber lo que el niño piensa.

\* \* \*

Al siguiente día, burlando nuevamente la vigilancia, se escapa, y aleccionado por la experiencia de lo ocurrido la víspera, procura evitar una caída.

Naturalmente, oculta su desobediencia... Nadie le riñe; y de este modo aprende que se puede fácilmente cometer faltas, sin que enseguida e infaliblemente, la justicia celeste intervenga con estrépito, para sancionar los mandatos maternos.

En una palabra, comprueba que la impunidad es perfectamente posible en este mundo...

Entonces surgirá en su cerebro la siguiente reflexión, irrefutable por su exactitud: «lo que mi madre me dice, no es verdad.»

Una de estas dos cosas no es exacta, discurrirá: o Dios no castiga las faltas, o lo que he hecho no es reprehensible.

La alternativa se impone como la conclusión,.. Y la fuga, repetida sin tropiezos, producirá la consecuencia de envalentonar al desobediente, haciéndole dudar de la justicia de Allá arriba y del buen criterio de su madre.

Algunas veces la imprudencia va más lejos, y formúlanse reglas como la que sigue: *cada vez que se desobedece, se recibe un castigo u otro.*

Traducción infantil: cada vez que logre engañar de manera que evite el castigo, no habré cometido nada vituperable...

¡Bonita moral! ¿No es cierto?

\* \* \*

Otra observación.

Un niño falta a la verdad.

Su padre le dice de continuo que un mentiroso es peor que un ladrón, y que llega a no creérsele hasta cuando es sincero, etc.... Por último, agrega con magistral solemnidad: «*Ten entendido que cuando se engaña a los padres, éstos acaban siempre por saberlo.*»

¡Y halla muy hábil este procedimiento!

Pensad cuán poco impresionarán estas palabras al niño que pensará: «¡Mucho cuidado! ¡¡todo se sabe!!»—Muy cándidos serán los padres que juzguen práctico el sistema.

\* \* \*

El resultado será completamente contrario, creedlo:

Supongamos que la víspera ha quitado el niño una almendra... Nadie se ha enterado: por lo tanto, no se le ha dirigido la menor reconvención.

A juicio del muchacho, y moralmente hablando, el acto reviste indiscutible gravedad... ¡ha hurtado!

Envalentonado por la completa impunidad, renueva el hurto, lo exagera y multiplica hasta tal extremo, que los padres ven, al cabo de una semana, es decir, cuando ya la caja está vacía, lo que hasta entonces no notaron.

Alguien roba las almendras: es evidente.

Pero ¿quién?

El astuto muchacho ha tomado precauciones para no ser sorprendido; y el padre, por su parte, olvidando los axiomas tantas veces predicados, dice a su mujer: «Sospecho que a la criada le gustan las almedras más de lo regular.»

El niño oirá esto y toda la peroración doctrinal sobre la clarividencia paterna cae por tierra. Es, pues, notorio, que el padre no descubrirá *siempre* la verdad.

He aquí lo que ocurre cuando se habla sin reflexionar y se afirma un concepto temerario.

\* \* \*

Mayor es el compromiso cuando se lleva la ligereza al extremo de amenazar con castigos extravagantes o irrealizables.

«Si no escribes bien la plana, no volverás a salir conmigo...»

«Si no te conduces mejor, te entregaré al primer traperero que encuentre...»

«Si eres desobediente, te embarco para América...»

«Si no te levantas temprano, te quedarás en cama todo el día...»

«Si no comes la sopa, no comerás en adelante más que pan seco...» Etc., etc.

¡El muchacho no cree una sola palabra de todo esto!

Ríese interiormente del candor de su padre, que se imagina haber descubierto un medio eficaz ¡que ni puiere ni puede poner en práctica!

Y piensan que el chico no es juicioso e inteligente!

Por el contrario, la amenaza de un castigo que pudieran seguramente infligirle, tendría grandes probabilidades de producir mejores resultados.

\* \* \*

El padre ha de cuidar constantemente que su hijo no le coja en falta, ni aun tratándose de cosas de poca monta. Aménguense el prestigio y el ascendiente más de lo que puede imaginarse.

El hijo de un profesor de la Sorbona, nos contó el siguiente hecho:

Empeñóse un día en buscar en las obras de Boileau, el siguiente conocido verso, que su padre atribuía a Despréaux:

*La critique est aisée, et l'art est difficile.*

¡Labor ingrata!, puesto que este precepto no figura en el *Arte Poética* sino en los *Inmortales* de Destouches.

Claro es que no lo encontré...

Reconocióse el error, y desde aquel día, según nos confesó el muchacho, enfrío-se un tanto su admiración filial.

Y ya que hemos nombrado a Destouches, restituyámosle de paso este *alejandrino* que la rutina atribuye a La Fontaine:

*Chassez le naturel, il revient au galop.*

De este verso, como del precedente, podríamos decir que el autor de las sátiras podía haberlo escrito... si hubiese querido.

F. NICOLAY.

## Varia

Inauguramos, con la valiosa cooperación del Dr. Guigou, una serie de artículos, que servirán de mayor atractivo y valer a esta Revista.

El Doctor Leake, preconiza un nuevo procedimiento de vacunación bastante notable, que dice estarle dando excelentes resultados.

Ni picadura punzante, ni incisión; basta hacer con la aguja, no muy aguda de punta, varias presiones sobre la vacuna puesta en la piel: nada de punción; nada de erosión, descarnación, ni corte: basta hacer rápidamente muchas presiones aproximadas las unas a las otras, para que con esa manipulación, la piel, que es también absorbente, reciba la linfa, la absorva, y cumpla su finalidad.

Bien merece intentarse este procedimiento, que evita muchos perjuicios y algunos peligros.

El artículo del Dr. Leake trae muchos detalles de aplicación.

La vulgarización de los conocimientos higiénicos va teniendo cada vez más defensores y va convirtiéndose con extensión progresiva, no sólo en un elemento de cultura para los adultos, sino en un obligado capítulo de enseñanza infantil; en la escuela se enseñan hace ya tiempo rudimentos de higiene; pero ya se va au-

mentando e intensificando esa enseñanza, con la doble ventaja de aprenderla desde niño y la de crear como una segunda naturaleza que compenetre al escolar en ese saber y hábito para toda la vida, que también sirva de ejemplo a los demás; sobre este tema ha hecho recientemente un buen estudio René Laud, de Bruselas.

La vulgarización de los datos estadísticos a lo que muchas personas temen, debe formar parte de la educación cívica; no sobreinstruye la vida, sino la muerte y la enfermedad.

Por eso en los periódicos de gran circulación, sobre todo en los de medicina, dedican una pequeña sección a la reseña del mayor número de enfermedades que se padecen y el de defunciones.

Se crea un estímulo de defensa que influye en la vida, con el poder de la ejemplaridad.

Ha fallecido el Dr. Cristina, gran trabajador en la especialidad de las enfermedades de la infancia y autor de notables trabajos, debiendo mencionarse entre otros, los realizados con el doctor Caronia para la vacunoterapia en las enfermedades de la infancia, y con el Dr. Sindoni para el descubrimiento del germen específico en el sarampión y en la escarlatina, aun no caracterizados definitivamente.

El Dr. Wieland, de Leipzig, ha escrito una disertación sobre «la hipotiroidia en la infancia» en la que desarrolla temas del mas alto interés.

Comprende:

A. Infantilismo mixedematoso de Brissaud.

La llamada insuficiencia pluriglandular.

B. Hipotiroidia monosintomática.

C. La Hipotiroidia endémica o cretinismo.

No solo tiene importancia técnica ese trabajo, sino que es de interés social.

Ha sido nombrado Director de la Clínica Pediátrica de Roma, el Dr. Luís Spolverini, procedente de Pavía.

Y el famoso Dr. Caronia, deja la Clínica de Roma y se traslada a la de Nápoles.

Está próximo a terminar el Grupo escolar de la calle San Rafael: a su tiempo, diremos algo sobre su función.

## Periódico gaditano antiguo

Para ver la diferencia de la primera enseñanza de ayer a hoy, publicamos a título de curiosidad un número suelto.

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

SÁBADO 20 DE SEPTIEMBRE DE 1862

NÚM. 26.

# LA ESCUELA.

PERIÓDICO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.

### ENSEÑANZA RELIGIOSA.

#### De la Oracion en las escuelas.

Es demasiado frecuente en las escuelas hacer nuestras oraciones religiosas sin fé, sin dignidad, sin conciencia, solo con los labios, sin que se interese en ella nuestra alma en lo más mínimo: de aquí su ineficacia; de aquí que solo deba considerarse como una esacta imitación de las voces dadas por los vendedores en el templo de Jerusalem.

Hace esfuerzos el maestro porque sus discípulos no infrinjan las reglas de la gramática, porque la acentuación sea conforme a los principios de la lectura espresiva, etc.: mas desde que empiezan los niños a recitar sus oraciones, se vé que falta el sentimiento, que el alma nada interviene en esto. «En vano, dice Jeremias, se multiplicarán los remedios; las llagas quedarán sin curar.» Otro tanto podemos decir de la oracion: su eficacia no depende del arte de los hombres, solo del auxilio divino. «Si no fuéreis como estos pequeñuelos, dice Jesus, no entrareis en el reino de los cielos.»

El que quiera, pues, orar con fervor, con verdadera piedad, no debe atenerse a las reglas inventadas por los hombres, debe solo saber y querer decir una palabra, Padre nuestro.

*Aprender las oraciones* es, en el lenguaje del pueblo, la base de la instruccion de los niños; es tambien la base de la vida cristiana. Quiera Dios que todos los maestros comprendan esta ver-

dad! Siendo ellos los depositarios de la autoridad en las escuelas, ellos son los que deben enseñar a los niños á orar y para esto es preciso que ellos sepan. Una sola chispa basta para producir un incendio. Preciso es pues, que el maestro ore con fervor y recogimiento, si quiere que lo hagan los discípulos.

En las escuelas se dirigen a Dios oraciones por la mañana y por la tarde; antes de empezarse los ejercicios y despues de concluidos; de este modo se acostumbran los niños á orar antes y despues de sus trabajos diarios. Mas no es esto suficiente. Plausible es sin duda que los niños reciten las oraciones; el hacerlo así será un mérito para la escuela y una gran ventaja para los que lo hacen, pues que cuando mas tarde, desarrollada la razon, sean víctimas del dolor é infortunio, encontrarán en la oracion su único consuelo; pero no olvidemos que si estas dificultades de la existencia fuesen los solos motivos de nuestras oraciones, las funciones del maestro perderian á nuestros ojos gran parte de su importancia, una de las perlas mas brillantes de su hermosa diadema.

La mision del maestro no se reduce á enseñar á sus discípulos a leer, escribir y contar; no se limita á enseñarles las cosas temporales, esto seria empobrecerla y degradarla: no y mil veces no: debe sobre todo inspirar un amor ardiente á las cosas santas, divinas y eternas, á esas cosas que no se adquieren con el oro ni la plata.

Suelen algunos niños asistir á las escuelas seis y siete años, y ni aun al cabo de este tiempo aprenden á orar: la oracion se hace sin fervor, sin piedad; se recita simplemente como cualquiera otra leccion, falta lo principal y no se obtiene fruto alguno. Qué será preciso? Ante todo el ejemplo y además observar los siguientes preceptos.

1.º Debe el niño estar dispuesto convenientemente para dirigirse al que es su padre y padre de todos los hombres. Deberá, pues, haber un silencio absoluto en la clase, evitándose todo ruido y distraccion mientras duran estos actos religiosos.

2.º Debe cuidar que los niños digan las oraciones con los ojos bajos, las manos cruzadas, en un tono grave y con la lentitud debida.

3.º El niño deberá comprender las oraciones que recita escluyendo de ellas todo término científico, toda espresión ininteligible.

Hé aquí algunos objetos apropósito para despertar en el alma de los niños multitud de piadosas reflexiones.

La salud de los niños.

El niño en sus relaciones con los padres.

El mismo en sus relaciones con sus condiscípulos y en la escuela.

El alimento y los vestidos.

La naturaleza y sus fenómenos.

Las verdades de la doctrina cristiana que tienen relación con la vida del niño.

La enfermedad de un discípulo ó de un padre etc.

Monseñor Grube dice tratándose de la oración. «Si amais á Dios, hijos míos, deseareis orar. Podreis también hacer esto mismo, cuando al ir á la Iglesia ó á la escuela, encontréis árboles en flor, ó con frutos, cuando veais las mieses que maduran, cuando observeis el sol, etc. Entonces, levantando vuestros ojos al cielo, os dirijireis al que ha hecho todas estas cosas, al que las conserva, y le dareis gracias por tantos beneficios, diciendo, oh! Dios mío, vos que haceis florecer los árboles, adornad mi alma con virtudes: vos, que nos proporcionais estos frutos, ayudadme á fin de que pueda con mis buenas obras manifestaros mi agradecimiento y sumisión. Cuando oigais el rugido de la tempestad, pensad en Dios que ostenta su poder y rogadle os preserve de toda desgracia: pedidle os conceda la perseverancia en el cumplimiento de sus preceptos. Ah! hijos míos, amad á Dios y él os concederá la gracia de la oración.»

4.º Recitando la oración los discípulos que se distinguen por su conducta, daremos á entender que solo debe orar el que es digno de ello.

5.º Estas oraciones deben ser cortas para no fatigar á los niños, y decirse antes y después de las clases. Empezaremos el día, manifestando nuestro amor y reconocimiento al Señor que nos ha concedido la existencia durante la noche y le pediremos que nos auxilie también durante el día: al finalizar este le daremos gracias por los beneficios que constantemente nos ha dispensado. Antes de clase pediremos á Dios que nos conceda el aprovecharnos de los beneficios de la escuela, y después de ella le manifestaremos nuestra gratitud por su divina asistencia. Con la oración proporcionamos á nuestros discípulos un arma, valiéndose de la cual, podrán luchar enérgicamente contra las tentaciones y preservarse del vicio.

Dichoso el maestro que ora y que enseña á orar á sus discípulos! se hace así digno de su misión y tendrá el dulce consuelo

de poder decir «ayudado por Dios, he sido instrumento conveniente para la salvacion de gran número de almas.»

---

## ESCENAS DEL PARAISO.

---

### II.

#### EL CASTIGO.

Como para Dios nada hay oculto, como vé todo lo que sucede, todo lo que hacemos y pensamos, habia sido testigo del pecado que Adan y Eva cometieron contrariando la voluntad divina: pero el Señor, en su bondad infinita, quiso sin duda darles tiempo para que se arrepintiesen de su criminal desobediencia.

Apenas hubieron pecado, experimentaron la inquietud y tristeza que el hombre sufre cuando su corazon se llena de remordimientos, cuando la conciencia le acusa de haber incurrido en falta grave.

Perdida la gracia y la inocencia de que estaban revestidos, y que les servian como de velo á su desnudez, se sintieron llenos de vergüenza, y se cubrieron con hojas de higuera.

Los culpables oyeron la voz del Señor, y poseidos de miedo y turbacion, se escondieron en la espesura de los árboles del Paraíso.

¡Como si fuese posible ocultarse á los ojos de Dios, que está en todas partes y todo lo vé!

Llamó el Señor á Adan, diciéndole: *Adan, dónde estas? esto es, dónde estás ahora? qué estado infeliz es este en que te veo? por qué huyes ahora de mi presencia? por qué te escondes?*

Así el Señor, como padre lleno de misericordia, llama al hombre para que vuelva en sí, reconozca su pecado, lo confiese, se arrepienta é implore perdon.

Adan, que aun no sabia mentir, lleno de temor y vergüenza, pero trastornada su razon y creyendo que los árboles lo ocultaban a la vista del Señor, respondió: *Oí tu voz en el Paraíso y tuve temor, porque estaba desnudo y escondíme.*

Dios, para que Adan reconociese su pecado y lo confesase, le dijo: *Y quien te ha dicho pue estabas desnudo, sino el haber comido del árbol de que te mandé pue no comierrs?.. Que es como decir:*

Cómo es que ahora te llenas de confusion, viéndote desnudo, y antes no te avergonzabas? quien ha ocasionado este trastorno, sino tu desobediencia? Si hubieses guardado mi mandamiento, no te avergonzarias de verte como te ves en mi presencia.

Adan, en vez de confesarse culpable é implorar gracia y perdón, aprovechando la bondad y misericordia con que Dios le brindaba, solo pensó en disculparse, culpando á su compañera; y esta comprendió toda la gravedad de la falta que habia cometido, y quiso tambien disculparse, diciendo que habia sido engañada por la serpiente.

*La muger que me diste por compañera, me dió del árbol y comí,* contestó Adan.

*La serpiente me engañó y comí,* dijo Eva.

Con estas groseras disculpas confesaron su desobediencia.

Si la serpiente fué culpable por haberlos tentado, tambien lo fueron ellos por haber sucumbido á la tentacion que debieron resistir; porque ningun mérito hay en obrar bien cuando nada lo impide. Bien sabian con qué condicion les habia dado Dios la felicidad; no ignoraban que le debian ambos completa obediencia, y que solo así podian tributarle reconocimiento.

Dijo Dios á la serpiente: *Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la muger, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tu acecharás su calcañar.*

Después de maldecir á la serpiente, dijo Dios á Eva: *Multiplificaré tus dolores y tus preñeces: con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y el tendrá dominio sobre tí.*

En cuanto a ti, dijo el Señor á Adan, *por cuanto oíste la voz de tu muger, y comiste del árbol de que habia mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu labor; con abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste formado, porque polvo eres y al polvo volverás.*

Después de pronunciar tan terribles sentencias, hizo Dios por ministerio de los ángeles, que ambos delincuentes vistiesen túnicas de pieles, para cubrir su desnudez, y para que tuviesen presente que habiendolos criado semejante á los ángeles, se habian hecho, por su pecado, semejantes á las bestias.

Por orden de Dios, un ángel los condujo hasta la puerta del Paraiso, mandándoles con imperiosa firmeza que salieran y no

volvieron á entrar; y confusos, avergonzados, trémulos y llorosos salieron con paso inseguro agobiados con el peso de los crueles remordimientos.

Cuán diferente era el estado en que se hallaban Adan y Eva, cuando el Señor los puso en posesion de todo lo que habia criado para ellos! Los que pretendieron ser como Dios, y tener un conocimiento perfecto de todas las cosas, llegaron á conocer, por una esperiencia funesta, los bienes que habian perdido y los males en que voluntariamente se precipitaron.

Luego que el Señor los arrojó del jardin de las delicias, puso en la entrada querubines, armados con espadas de llamas: así quedó enteramente cerrado para Adan, Eva y sus descendientes, el camino del árbol de la vida.

(Concluirá.)

## SECCION DE NOTICIAS.

Continuacion de la Memoria, acerca de la Estadística de la primera enseñanza de esta provincia el año de 1861.

### V.

En la provincia ha importado en el año de 1861 las obligaciones de la primera enseñanza, la suma de 1.380,583 rs. en esta forma.

417,146 rs. por sueldo de los maestros.

111,780 rs. id. de los ayudantes.

3,540 rs. en equivalencia de las retribuciones de los niños no pobres.

30 rs. por retribuciones fallidas.

197,673 rs. por sueldos de las maestras.

57,018 rs. por idem de los ayudantes.

500 rs. en equivalencia de las retribuciones de las niñas no pobres.

52,300 rs. por sueldos de los maestros de párvulos.

14,400 rs. por id. de adultos.

218,086 rs. para gastos de material.

187,569 rs. para alquiler de locales.

120,682 rs. para gastos extraordinarios, segun por menor se aprecian en el resúmen estadístico que se acompaña.

Respecto á los sueldos de los maestros y maestras nada hay que decir, por que en casi su totalidad están arreglados a lo que la ley previene, y solo en alguna que otra escuela de las que tres son de niños y cinco de niñas, el sueldo es inferior al que deben tener. Estas son escuelas incompletas y por la escasez de recursos de sus respectivos Ayuntamientos no ha sido posible aun aumentar sus dotaciones, sin embargo es necesario gestionar para que poco á poco vayan estas escuelas convirtiéndose en clases completas con el máximun de dotacion que la ley fija.

Muy crecida es la suma que se invierte en el pago de ayudantes (168798 rs.) y seria muy conveniente reglamentar este servicio, disponiéndose que las vacantes se anunciasen por la Junta provincial, y exigiéndose á los aspirantes á las plazas cuyo sueldo llegue á 2,200 rs. en las escuelas de niños y 2,000 en las de niñas, tengan título de maestro ó maestra, no debiéndose proveer en personas ajenas al magisterio mas que cuando no hubiesen aspirantes con título, o no fuese posible que desempeñasen las plazas de ayudantes los niños mas aventajados de la escuela y que tengan inclinacion al magisterio, (Real orden de 13 de Enero último) y aun dados estos casos, el nombramiento debe ser interino, acreditando préviamente por medio de actos públicos su capacidad é idoneidad para el desempeño de dicho cargo.

218,862 rs. se han invertido en los gastos materiales de las escuelas, es decir, en aseo y limpieza de las mismas, composicion y reposicion del menaje, enseres y útiles para la enseñanza y compra de libros, papel, plumas y tinta. La mayoría de la escuelas públicas tienen un menaje incompleto y en muchas nulo; y la cantidad que en estos gastos se invierte, bien merece que este inconveniente desaparezca. La Junta provincial ejerce en el particular una vigilancia muy limitada, puesto que hasta ahora se ha reducido á examinar los presupuestos que cada maestro forma para la inversion de estos fondos, y se hace indispensable cuidar de que esta sea cual lo exigen las necesidades de cada escuela; para lograr este ojetto es urgente uniformar los gastos con los que tiene la escuela práctica agregada á la normal, que debe servir de norma á los demás de la provincia, con las modificaciones que la categoría de cada clase y poblacion aconseja. Desde luego debe reclamarse á cada maestro un minucioso inventario de su escuela, explicándose en él el estado de todos los muebles y útiles para que se pueda tener presente al examinarse los presupuestos del año venidero. En dichos inventarios podrá irse anotando cuanto la

escuela vaya adquiriendo y al hacer entrega un maestro al cesar en la clase, debe efectuarlo por medio de inventario para poder hacer cargo al que lo sustituya del menaje que reciba. Por la Inspeccion deberia informarse en la visita que hará á cada escuela acerca de los muebles útiles, y enseres que mas falta hagan en las mismas, así como sobre la reparacion que exija el menaje existente.

En gastos extraordinarios, figura la suma de 120,571 rs. La Junta no tiene conocimiento del empleo de esta cantidad, sin embargo cree que en ella estan comprendidas las invertidas en Cádiz para la instalacion de una nueva escuela para cada séxo y en Jerez para la creacion de otra de párvulos. Para que la Junta pueda vigilar acerca de la mejor inversion de los fondos de la provincia el cumplimiento de la disposicion 3 de la Real órden de 29 de Noviembre de 1858 que dispone para la aprobacion de todo presupuesto municipal deba preceder el informe de conformidad de la junta de Instrucción pública con respecto al presupuesto especial del ramo, y de esta manera se tendria conocimiento de las cantidades consignadas para el mismo conocimiento que hoy la junta no adquiere sino luego que concluye el año y terminado el ejercicio del presupuesto en que figuran.

#### VI.

Además de las cantidades que quedan relacionadas, satisfacen 15,540 rs. anuales por jubilaciones en la forma siguiente: 9840 rs. Cádiz por jubilacion de un maestro y una segunda maestra y Pensión á una viuda de un profesor; 1,712 rs. Villamartin por jubilacion de una maestra: 2920 rs. Jerez por la de un maestro y 1170 rs. Ceuta por la de una maestra.

#### VII-

A 171, 510 rs. ascienden aproximadamente las retribuciones de los niños pobres concurrentes á las escuelas públicas y urge mucho regularizar este particular.

Segun el artículo 192 de la ley, los maestros y maestras tienen el derecho de percibir las retribuciones de los niños que puedan pagarlas. Por la disposicion 9.<sup>a</sup> de la Real órden de 29 de Noviembre de 1858 se dispone que en los pueblos en que subsistieren las retribuciones de los niños pudientes en la forma hasta entonces usada, es decir cobrándese directamente por los maestros, se cubran mensualmente por los fondos municipales los atrasos ó descubiertos, quedando á cargo de los Alcaldes el cobrarlos de

los deudores; para dicho efecto la disposición primera establece la obligación de consignar en el presupuesto la cantidad correspondiente para indemnización de retribuciones, y por la cuarta se recomienda el dar otra forma, de convenio entre los Ayuntamientos y los maestros, á las retribuciones, convenio que debe ser aprobado por la Jnnta provincial.

Bajo estas bases debería formarse una escala gradual con arreglo á la población de los pueblos de esta provincia, y á la contribución que cada padre satisfaga, sueldo que disfrute ó posición social que ocupe, recomendando á los Ayuntamientos la celebración del citado convenio y exigiéndoles á lo menos que consignen alguna suma por retribuciones fallidas.

Los Barrios y Villaluenga tienen establecido el referido convenio y Algár consigna en su presupuesto 30 rs. por retribuciones fallidas.

*(Concluirá.)*

Se nos informa en este día que acaba de adicionarse al proyecto de ley sobre derechos pasivos, con los que pertenecen al Profesorado de Instrucción primaria, porque tanto hemos clamado. Tenemos la fundada esperanza de que pronto no mendigarán los educadores de la infancia un pedazo de pan en su vejez; nos preparamos para bendecir al humanitario señor Ministro de Fomento y á todos los buenos patricios que contribuyen á reparar nuestra desgracia. Nuestro corazón presagiaba este día, y lo verá, y será el primero que anuncie la buena nueva, como ha sido el primero en elevar sus acentos y sus lágrimas demandándola, impulsado por el sentimiento que le causaba el padecer de sus hermanos, de sus compañeros del alma.

*(La Educación.)*

Tenemos entendido que los reglamentos de primera enseñanza se publicarán a últimos de este año ó principios del próximo. Esto supone que para aquella época ya se habrá verificado la reforma de la ley de Instrucción pública.

La Junta de Instrucción pública de Zaragoza ha acordado que las vacaciones de cáncula en aquella provincia sean de veinte días completos que empezaron á contarse desde el 1.º de Agosto.

El día 17 del actual debió verificarse en Soria la distribución

y adjudicación de premios al profesorado de Instrucción primaria de aquella provincia.

Segun leemos en el *Correo del Magisterio*, parece que por la Junta de Instrucción pública de Albacete se cita y emplaza por término de un mes á contar desde 1.º de Agosto á D. Valentin Garcia, Maestro que fué de la escuela de Vianos, y cuyo paradero se ignora, para contestar á los cargos que contra él resultan por no haber rendido cuenta de las cantidades que percibió para el gasto de material en el tiempo que desempeñó dicha escuela.

(*Semanario de Tarragona.*)

Los objetos relativos al ramo de Instrucción pública presentados en la Esposición universal, parece, segun nos escriben de Lóndres, que no han ofrecido grande importancia ni ventajas en sus aplicaciones. Sin embargo, creemos que el Sr. Carderera, que ha ido á estudiar estos objetos, que regresará á Madrid del 18 al 20 del actual, y que piensa publicar un libro acerca del particular, dará á conocer en todos sus detalles los adelantos que de la indicada esposición puede prometerse el ramo de Instrucción pública.

El doctor D. Pedro Mata acaba de hacer una nueva edicion aumentada y mejorada de su afamado *Arte de ayudar la memoria*.

(*Correspondencia.*)

Del *Semanario de primera enseñanza* tomamos el siguiente artículo.

### IMPORTANCIA DE LA PRIMERA ENSEÑANZA.

Las cuestiones sometidas á la discusion del Congreso de Beneficencia en Lóndres eran las siguientes:

1.<sup>a</sup> Conviene conceder al Estado la facultad de separar de sus padres á los hijos moralmente abandonados, encargándose de su educación, y si necesario fuese de todas sus necesidades?

2.<sup>a</sup> Conviene que la asistencia á las escuelas públicas sea obligatoria; y en este caso, bajo qué formas y con qué límites debe establecerse semejante obligacion?

Como se vé, ambas cuestiones son quizá las mas interesantes de cuantas se agitan en el mundo de la inteligencia y á los ojos de la filosofía práctica del siglo XIX.—Todos los pensadores están persuadidos y han logrado llevar al ánimo público la conviccion de que el hombre moral, esencialmente bueno, se pervierte por la falta de educación, ó modifica y refrena sus malos instintos, si los

tiene, por medio de la educacion misma; lo que equivale á decir que hay en el mundo moderno una palanca poderosa para perfeccionar al género humano hasta el límite donde es posible su mejoramiento. Todos los pensadores conocen tambien que la educacion, reducida ya hoy á proporciones sencillísimas y de facil ejercicio, podria en un corto espacio de tiempo regularizar las sociedades, ilustrando convenientemente á todos sus individuos con arreglo á las facultades mentales de cada uno, y sin otro desnivel que el natural y necesario para el equilibrio perfecto de la máquina social organizada por la esperiencia de los siglos. Existen, pues, al alcance del hombre, debajo del hombre, todos los medios para conseguir en un dia dado la realizacion del bello ideal que por tantas generaciones se ha perseguido; y bajo este punto de vista no es cuestionable ni nadie querria oponerse á su adopcion, facultando á los gobiernos para separar de sus parientes á los niños descuidados en su cultura moral, para educarlos, para sostenerlos, para obligar á la ilustracion comun sin límites de ninguna especie, y, en una palabra, para cambiar la faz del mundo con sencillez y brevedad comparables á las que emplean los reglamentos de policia urbana para cambiar el aspecto de las poblaciones.

Tal es el estado teórico de la cuestion mas trascendental del mundo moderdo; y sin embargo, su práctica ofrece un número de contrariedades, se presta á tanta copia de razones discordes, que no parece sino que la felicidad de la tierra está siempre tocándose á la vista del hombre; pero como la sombra que, sin lucir completamente, no se pone nunca bajo el alcance de la mano.—Quién es el que va á escoger los niños abandonados en su cultura moral? Qué clase y forma de policia va á establecerse para no separar de la familia mas que á los niños cuya descuidada educacion induzca á presumir que serán con el tiempo nocivos á la sociedad pública? Qué garantías conservará el hogar doméstico una vez establecidas estas pesquisas morales? Y por otra parte. No tiende esta medida a aumentar el número de abandonados? No será una especulación lucrativa y poco cruel para el hombre de escasa fortuna el abandonar á sus hijos para que el Estado los sostenga, instruya y dé colocación en el mundo, como jamás pudieran darle los que poseen un nombre y una miseria? No seria esto además la abolicion oficial de la familia, ya que no fuera tambien la ruina del Estado?

Y en cuanto á la enseñanza obligatoria. Dónde están los medios para otorgar la enseñanza con relacion á la fortuna y probable destino de la criature á quien se la dá por fuerza? Quién recompensa al niño de la parte de peculio é instruccion mecánica que pierde durante el tiempo, nunca demasiado breve, que ha de emplear en su educacion literaria? Quién y como se compensa á los padres de la ayuda directa é indirecta que pueden prestarle sus hijos, reunir entre todos la suma suficiente á remediar el hambre y la desnudez? Vá el Estado, no pudiendo recoger á los niños, á recoger toda la familia? Ván los gobiernos que apenas pueden ser tutores, á convertirse en padres de la clase proletaria, que es

tambien la mas numerosa de las naciones? Y por último. En nombre de qué revelacion divina ó humana puede ejercer el Estado la tirania de que se eduquen todos los hombres de una misma manera, y cuáles van á ser los castigos que imponga á las innumerables familias que se niegan á la educación de sus hijos?

Hé aquí las diferentes tésis que en primer término se destacan de estas importantes cuestiones, á ninguna de las cuales se les vé solucion y límite, cuando se escuchan los razonamientos de las diversas escuelas analizadoras. Consolador, es sin embargo, que los partidarios de la libertad absoluta, los sustentadores de todas las libertades públicas y casi de las privadas, sean tambien los que con mas calor defiendan la tirania de la enseñanza, lo cual demuestra que en las cuestiones de instruccion tienen un fin análogo, aunque en puntos de vista ejecutivos discuerden la mayor parte, sino la totalidad, de los que dedican su atencion á la marcha progresiva de las sociedades.

(Continuará.)

---

#### SECCION DE ANUNCIOS.

## EJERCICIOS PRÁCTICOS DE ARITMÉTICA,

*con los procedimientos mas convenientes para el desarrollo intelectual del niño, y arreglados á la estension que debe darse á dicha asignatura en las Escuelas de primera enseñanza elemental.*

POR

D. HERMENGAUDIO CUENCA Y ARIAS,

regente de la Escuela práctica de la normal de Cádiz.

COMPRENEN ESTOS EJERCICIOS. Numeracion hablada y escrita.—Problemas de numeración.—Nomenclatura del nuevo sistema decimal.—Problemas de numeracion decimal.—Numeracion romana.—Nociones preliminares.—Medidas, pesas y monedas antiguas.—Sistema métrico decimal.—Operaciones fundamentales.—Suma de enteros y decimales.—Problemas.—Resta de enteros y decimales.—Problemas.—Multiplicacion de enteros y decimales.—Problemas.—Division de enteros y decimales.—Problemas.—Fracciones comunes.—Preliminares.—Sumar quebrados.—Problemas.—Restar quebrados.—Problemas.—Multiplicar quebrados.—Problemas.—Dividir quebrados.—Problemas.—Reduccion de quebrados comunes á decimales.—Idem decimales á comunes.—Aplicacion del sistema métrico.—Números denominados.—Sumar denominados.—Dividir denominados.—Problemas.—Programa de aritmética para la enseñanza de esta asignatura en las escuelas de primera enseñanza elemental.

Hállase de venta en la Imprenta de Arjona, calle de la Torre, núm. 27, al precio de cuatro rs. el ejemplar.

Por todo lo no firmado, *El Editor responsable,*

D. FRANCISCO DE P. GONZÁLEZ.